

“Corrales de piedra: últimos y silenciosos testigos de los inicios de la ganadería en el Uruguay”

Dr. Ricardo Sienna

El autor es responsable del proyecto de Investigación histórica “Relevamiento y caracterización de mangueras y cercos de piedra construidos durante las primeras etapas de la ganadería en el Uruguay”. Dicho proyecto cuenta, entre otros, con el auspicio del Ministerio de Turismo, Deporte y Juventud, el Museo Histórico Nacional, Asociación y Federación Rural del Uruguay, Sociedad Uruguaya de Turismo Rural, Facultad de Veterinaria, Academia y Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay.



Típico corral de piedra seca junto a unas taperas en serranías del departamento de Lavalleja

.....

La importancia de la ganadería para el Uruguay constituye una realidad indiscutible, que ha definido no solo la economía del país, sino también su identidad cultural. La continua despoblación de la campaña y creciente urbanización de la población, ha determinado un desconocimiento creciente de la evolución y desarrollo de su producción pecuaria. No solo el público en general, sino también muchos profesionales veterinarios que desarrollan sus actividades en el propio medio rural, desconocen muchos aspectos de la evolución de su ganadería bovina.

El arribo de los primeros bovinos a la Banda Oriental.

Cuando Colón arribó al continente americano sorprendió a los españoles la ausencia de animales domésticos formaban parte de su vida cotidiana en el viejo mundo, incluyendo entre ellos a los equinos, bovinos, ovinos y caprinos. Como consecuencia de ello todas estas especies fueron introducidas por los conquistadores, quienes las fueron difundiendo progresivamente en sus crecientes dominios.

Desde la escuela todos los uruguayos han aprendido que Hernando Arias de Saavedra, conocido como Hernandarias, fue quien introdujo los primeros bovinos en el actual territorio nacional, cruzando los animales en balsas a través del río Uruguay. Sin embargo, en general se desconoce la fecha y el lugar dónde fueron desembarcados. El propio Hernandarias dio detalles de ello textualmente en 1627 al expresar *“habrá 17 años, más o menos, siendo Gobernador Don Diego Martín Negrón me hizo merced de dos islas en el río Uruguay arriba de San Salvador y enfrente del río Negro cercadas de agua y en el mismo año (1611) eché en una de las islas cantidad de ganado vacuno y habrá 10 años (1617), eché otras cincuenta cabezas...”*

Las dos islas que refiere Hernandarias son la isla de Lobos y la del Vizcaíno, localizadas sobre la margen derecha de la desembocadura del río Negro, en el actual departamento de Río Negro. Hernandarias posee una estatua próxima al puerto de Montevideo, lugar que nunca pisó, así como también en la margen del Arroyo de las Vacas, dónde nunca desembarcó ninguna.

Suele también resultar desconocido que el mayor número de cabezas bovinas años más tarde desde el norte, migrando desde las estancias de los pueblos de las Misiones Jesuíticas, abandonadas por los continuos ataques que efectuaban los bandeirantes procedentes de San Pablo entre los años 1636 y 1639. Debe destacarse que los 7 pueblos de las Misiones Orientales del Uruguay, ubicados actualmente en territorio brasileiro, eran requeridos por Artigas en sus famosas Instrucciones de 1813. La importancia de esos pueblos en la difusión de la ganadería y su posterior presencia con numerosas estancias y puestos al norte del río Negro, resulta una realidad desconocida para la mayoría de nuestra población. Ello puede ser consecuencia de posturas anticlericales imperantes a inicios del siglo XX, ocultando la importante influencia de los jesuitas y de sus indios guaraníes sobre las costumbres y toponimia de su zona de influencia.

Partiendo de la base que a partir de ambas poblaciones de ganado, tanto hernandariano como misionero, en un clima templado con abundantes pastizales y fuentes de agua, su número de cabezas aumento muy rápidamente. Al respecto debe considerarse que en el territorio no existían poblaciones de importancia, ya que recién en 1680 los portugueses fundaron Colonia del Sacramento y en 1724 los españoles se radicaron en Montevideo.

Durante décadas los ganados vagaban libremente por la región, haciéndose salvajes o cimarrones, alcanzando la cifra de varios millones de cabezas concentradas en las cuencas de los ríos Cebollatí y Tacuarí, conformando la famosa “Vaquería del Mar”.

La “Vaquería del Mar” constituyó una gran reserva de animales para los Pueblos Misioneros, los cuales realizaron muchas tropeadas, desde el este de nuestro país hasta sus poblaciones ubicadas en el alto Uruguay. Esa riqueza en ganado permaneció por años desconocida para españoles y europeos en general, pero al ser descubierta fue objeto de frecuentes incursiones destinadas a la obtención de cueros, material de alto valor en esas épocas. Crecientes partidas de faeneros ingresaban autorizadas por el gobierno de Buenos Aires para hacer “corambre” en la banda oriental, como también lo hacían

furtivamente portugueses y piratas. La caza indiscriminada del ganado hizo mermar progresivamente su población, motivando a los pueblos de las Misiones a conformar una nueva reserva.

Fue así que en el año 1705 se efectuó lo que se ha considerado como la “*mayor tropeada de la historia*”, transportando por tierra más de 420.000 bovinos. El traslado de tan enorme número de animales, distribuido en 14 tropas independientes, requirió de la participación de más de 1.000 vaqueros tapes (indios guaraníes cristianizados), muy diestros en el manejo del ganado. Estos animales fueron arreados por tierra misioneras ubicadas en el planalto riograndense, para conformar allí la “Vaquería de los Pinares”, luego de recorrer más de 200 leguas.

La contención del ganado en las primeras estancias.

Con la fundación de Montevideo se inicia el proceso de colonización española en la Banda Oriental. Comienzan los repartos de tierra, distribuyéndose entre los primeros pobladores “suertes de chacaras” y “suertes de estancia”, con el objetivo de radicar colonos que trabajaran y explotaran las riquezas naturales.

De tal forma, y de manera totalmente distinta a la ocurrida en otras regiones, el ingreso del ganado precedió al de los colonizadores en más de un siglo. Es justamente en las estancias dónde se va a concretar el proceso de cría de bovinos, con un sentido productivo y no meramente expoliatorio, requiriendo para ello “amansar” a los animales, manteniéndolos en áreas reducidas y delimitadas. Ello constituía un requisito básico para una explotación racional, que hacía posible tener el control de los rodeos. Para ello era necesario disponer de barreras que impidieran su libre movimiento en los campos, pasando así de su condición de cimarrón al de manso o acquerenciado.

En un principio los accidentes geográficos naturales fueron las barreras utilizadas y, para ello, se emplearon especialmente las “rinconadas” de ríos y arroyos caudalosos. Por tal motivo, las suertes de estancias que se asignaban a los pobladores se delimitaban, en ese entonces, en base a dichas barreras naturales.

Sin embargo, las rinconadas eran insuficientes para asegurar la permanencia y un adecuado manejo del ganado, por lo que se debió recurrir a la instalación de barreras artificiales que aseguraran el cierre de las propiedades. Con tal finalidad, se emplearon variados procedimientos, desde la excavación de zanjas hasta la implantación de “cercos vivos”, en base a árboles, palmeras, tunas, etc. Corrales pequeños eran necesarios para mantener caballos, lecheras y bueyes próximos a los ranchos, mientras que los de mayores dimensiones resultaron imprescindibles para el manejo del ganado, y especialmente para realizar las tareas de castración y yerra.

Muchos de los corrales se construyeron con madera dura y resistente, en especial postes de ñandubay, implantados profundamente en la tierra, en forma vertical, recibiendo el nombre de “palo a pique”. En otras circunstancias se optó por un elemento muy barato: la piedra, especialmente en áreas dónde la misma se encontraba en abundancia. Los corrales cuando son realizados en piedra suelen denominarse “mangueras”, reservando el primer término, para aquellos construidos con madera.

Cabe recordar que en esa época no existía aún el alambre, el cuál recién empezó a utilizarse para delimitar campos a partir de los primeros años de la década de 1860. La estancia “La Paz” de Ricardo Hughes, en Paysandú, se acepta que fue la primera estancia alambrada en el Uruguay.

Los Corrales y Cercos de Piedra.

El empleo de la piedra para la construcción, en variadas formas de uso, se conoce desde la más remota antigüedad. Cuando la técnica utilizada se basa en el empleo exclusivo de piedra, sin argamasa o cualquier otro producto de fijación, se habla de “piedra seca”.

La construcción en piedra seca es mucho más que un “amontonamiento” de piedras, es un complejo arte que consiste en yuxtaponerlas en una especie de rompecabezas, para que la distribución de las mismas genere presiones que se traduzcan en una estructura de alta estabilidad. Cuanto mayor es la superficie de contacto entre cada una de las piedras, mayor será la rigidez y persistencia de la estructura.

Corrales y cercos se encuentran en casi todo el país, pero su abundancia está directamente vinculada con la disponibilidad de materia prima básica, es decir: la piedra. Existen en gran cantidad en las zonas relacionadas con la Cuchilla Grande y la de Haedo, destacándose en los departamentos de Lavalleja, Florida, Maldonado, Cerro Largo, Tacuarembó, Artigas, etc.

Es importante desligar los corrales de los llamados “vichaderos” y “cairnes”, que constituyen montículos de piedras que se encuentran en sitios elevados en algunas regiones del país, que se atribuyen a grupos indígenas autóctonos. Estas estructuras estarían vinculadas con costumbres rituales, tribales y enterramientos, totalmente independientes de las prácticas ganaderas misioneras.

En general, se acepta que los cercos de piedra fueron construidos luego de la Guerra Grande (1839-1851), “por comparsas de vascos e italianos”, provenientes de los regimientos desmovilizados al final de la contienda. Sin embargo, existen numerosas referencias que confirman la existencia de éste tipo de construcciones rurales, muy anteriores en el tiempo. No solo algunas de ellas son previas a la independencia, sino otras proceden de la lejana época jesuítica.

Los jesuitas tenían, como se ha mencionado previamente, numerosas estancias y puestos al norte del río Negro, donde aún hoy permanecen restos de corrales y cercos, algunos de ellos de grandes proporciones. Entre el Arroyo Corrales y el Queguay se encuentran actualmente corrales y restos de un cerco de piedra de casi 14 kms de largo que cierra esa rinconada; las construcciones datan de la época misionera y pertenecieron al puesto de San Juan Bautista, dependiente del pueblo de Yapeyú.

En el sur del país, existieron varios establecimientos de la Compañía de Jesús, debiendo de destacar a dos por su tamaño y producciones. Uno de ellos, perteneciente a la Gobernación de Montevideo, fue la Estancia de “Nuestra Señora de los Desamparados” cuyo casco se localiza próximo a Mendoza, en Florida. En dicho emplazamiento, se encuentra una manguera de piedra anterior al año 1767, buen estado de conservación.

Las construcciones rurales en piedra seca proliferaron durante muchos años, y existen ejemplos realmente asombrosos. Dentro de ellos se destacan los cercos de la estancia “El Pororó”, de “Illescas” y de la “Sierra de los Caracoles”, con varios kilómetros de extensión. Una mención especial es para el cercamiento de la estancia de Don Carlos Genaro Reyles, en Durazno, quien hizo construir en piedra seca más de 70 kilómetros de cercos en sus estancias “Los Paraísos” y “De la Carolina”.

Muchos corrales de piedra son de forma circular, recibiendo el nombre de “mangueras” y de diámetro muy variable, aunque raramente supera los 100 metros. La calidad de las construcciones depende directamente de la técnica y habilidad de los constructores. Algunas se han mantenido casi intactas

durante más de 200 años mientras que están derruidas por el paso del tiempo o la vandalización del hombre. A otras se le ha agregado mezcla u otros materiales para solidificar la estructura y favorecer el desplazamiento humano por encima de ellas. Tal es el caso de las mangueras de las antiguas estancias “San Pedro del Timote” y “Las Rosas”.

El corral de piedra y palmas de la “Estancia de Mayol”, en Rocha, debe ser la estructura de mayor tamaño en el país, con más de 180 metros de diámetro y una capacidad de encierro superior a los 8000 bovinos. Esta construcción se encuentra en la zona de Castillos, dónde se encuentran numerosos corrales formados por palmeras butiá, implantadas en diseños circular o rectangular, que deben ser considerados únicos en su tipo.

Por su belleza y materiales de construcción la “Manguera Azul”, en Lavalleja, constituye una estructura única y digna de ser promocionada, junto al cerco que, con el mismo tipo de piedra, se extiende por varios kilómetros.

Corrales y cercos de piedra no sólo se han utilizado para el manejo de animales sino que también se asocian con algunos acontecimientos históricos de relevancia en el país. El gran cerco de “Masoller”, hoy patrimonio histórico nacional, fue utilizado de parapeto por las fuerzas gubernistas en oportunidad que cayó herido de muerte el General Aparicio Saravia. También poseen una connotada relación con la historia política del Uruguay, entre otras, las mangueras de piedra “de los Artigas” en Casupá, la de “Arerunguá” en Salto y la del “Abrazo del Monzón” en Soriano.

En el país el número de corrales y cercos de piedra es muy elevado, aunque no es posible establecer un número en forma absoluta. En nuestro estudio hemos referenciado de 900 corrales y cercos, visitando y categorizando personalmente muchos de ellos. Ello implica establecer tipo de construcción, tamaño, diseño, calidad del trabajo, estado de conservación, antigüedad y detalles históricos relevantes.

Un patrimonio rural olvidado que se debe proteger

Si bien unos pocos corrales han sido declarados Patrimonio Nacional, muchos otros de gran valor histórico-cultural han quedado en el olvido y expuestos al deterioro provocado no solo por el paso del tiempo sino también por el vandalismo del hombre.

Al respecto debemos recordar que estos antiguos corrales representan el esfuerzo pionero para desarrollar la pecuaria nacional por lo que merecen nuestro respeto y reconocimiento. Poseen así mismo un destacado potencial turístico, como ocurre en muchos países que han decidido promover su cultura y las tradiciones locales.
